

Raquel Gutiérrez Sebastián – Borja Rodríguez Gutiérrez
(Editores)

Menéndez Pelayo
y la novela del Siglo XIX



Marcelino Menéndez Pelayo y
Leopoldo Atlas "Clarín"

Adolfo Sotelo

Real Sociedad Menéndez Pelayo
Santander. 2009

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO Y LEOPOLDO ALAS “CLARÍN”

Adolfo Sotelo Vázquez

Universidad de Barcelona

“Clarín, con su **hondo mirar y ver**, con la balumba inmensa de su enciclopédico saber, tiende a un *Neo-Cristianismo* que, si empequeñece su antigua y bien probada representación de escritor satírico, con ribetes de volteriano, agranda el horizonte de su pensamiento, cada vez más típico y personal”

“Sabe Menéndez Pelayo **mirar y ver**. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar síntesis relativas de su misma cultura [...] En lo que no tiene igual [...] es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede a todo elogio”
(Urbano González Serrano, *Siluetas*, 1899)

I

La figura intelectual de Marcelino Menéndez Pelayo se agiganta en el escenario histórico del último cuarto del siglo XIX y de los primeros años del siglo XX con un perfil poliédrico: su formación clásica y su orgullo de la latinidad, su conocimiento riguroso de la historia de las letras españolas, su dominio de la historia de las ideas estéticas, su vocación de poeta, y, sobre todo, su dimen-

sión europea de crítico literario, desde el fundamento de la doctrina católica como razón axial de su pensamiento.

La personalidad intelectual y literaria de Leopoldo Alas aglutina diversas facetas: la de pensador, ensayista, dramaturgo y, sobre todo, narrador y crítico literario. Desde luego que Alas es autor de la mejor novela española, junto con *Fortunata y Jacinta*, después de *El Quijote*, y que a la suficiencia estética de *La Regenta* hay que sumar una serie de obras maestras en los dominios de la *nouvelle* y del cuento, pero Alas es también un excelente crítico literario, de señas de identidad europeas, desde los perfiles inequívocamente krausistas de las invariantes de su pensamiento.

Pese al olvido que la obra de referencia de la historia de la crítica literaria occidental, la de René Wellek, ha dispensado a la crítica literaria española del último cuarto del siglo XIX -la que opera en el ámbito literario dominado por las estéticas del realismo y del naturalismo-, hay en ese tiempo histórico-literario dos críticos de gran solidez, de penetrante agudeza y de rigurosa modernidad: Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas. Menéndez Pelayo dedicó sus trabajos y sus días al estudio de la historia literaria, pero cuando tuvo oportunidad demostró su conocimiento y su sagacidad para el análisis de lo contemporáneo (Pérez Galdós, Pereda, etc.). Leopoldo Alas se esforzó desde las columnas de las publicaciones periódicas en aquilatar la significación de la literatura contemporánea, aunque cuando le pareció oportuno escribió páginas de fulgurante penetración sobre la tradición literaria española (Fray

Luis de León, Cervantes, el teatro de la Edad de Oro, etc.). Estrictamente coetáneos (Menéndez Pelayo nació cuatro años después que Clarín), son dos figuras complementarias para la historia de la crítica española decimonónica, pues si la obra del santanderino es equiparable con la de ciertos aspectos de las de Hippolyte Taine, Ferdinand Brunetière, Gustave Lanson o Francesco de Sanctis, los quehaceres críticos de Clarín son comparables con los de Gustave Flaubert, Emile Zola, Jules Lemaître o Paul Bourget, si bien cuando hila más cerca de la historia el espejo bien podría ser la labor crítica de Matthew Arnold, y en el tramo final de su trayectoria, la obra póstuma de Jean Marie Guyau, *L'art au point de vue sociologique* (1889)

Condiscípulos procedentes de filiaciones ideológicas diferentes (la impronta del magisterio barcelonés de Milá y Fontanals es fundamental en Menéndez Pelayo, quien profesó una animadversión exagerada al krausismo español, mientras Alas se nutrió del ideario krausista, en especial del idealismo pragmático de don Francisco Giner de los Ríos), actuaron -salvo durante sus respectivos aprendizajes críticos- con suficiente tolerancia intelectual y amplios criterios estéticos como para forjar obras imprescindibles en el panorama crítico europeo del último cuarto del siglo XIX: bastaría con agavillar los ensayos y artículos de Alas sobre la literatura francesa (de Baudelaire a Verlaine, de Flaubert a Bourget) o releer la *Historia de las ideas estéticas en España* que Menéndez Pelayo empezó a dar a la luz en 1883. Conviene, no obstante, reconocer

que el catolicismo militante de don Marcelino y el humanismo liberal de Alas son en muchas ocasiones divergentes frente al proceso histórico y social que vive España, si bien la autenticidad de sus propios pensamientos les llevó, salvado el inicial período de los setenta, a escucharse siempre con lealtad.

Así, en noviembre de 1889, comentando el discurso de apertura leído por Menéndez Pelayo en la Universidad Central, Leopoldo Alas escribía que "una sociedad es tolerante cuando todas las creencias hablan y se las oye en calma; no cuando hay esta calma porque callan todas". Meses más tarde, don Marcelino le refería a Clarín su impresión del discurso de apertura del curso 1891-1892, que el asturiano universal había pronunciado en la Universidad de Oviedo. "Se me ensancha el alma -escribe en carta del 26 de octubre de 1891- cuando veo a un liberal como usted coincidir conmigo en lo esencial del terrible problema de la enseñanza, que nadie, ni liberal, ni conservador, se atreve a plantear aquí en sus verdaderos términos". Recordemos, al paso, que el discurso de Alas vio la luz como su octavo *Folleto literario* y que el tema del discurso, planteado desde la severa ética krausista, es la crítica del utilitarismo como ideario pedagógico y del egoísmo como falsa actitud moral, lugar de encuentro (a lo que se ve) de dos intelectuales de notorias divergencias en la acción política cotidiana y concreta.

Desde el punto de vista de la proyección de sus obras, y no echando en saco roto que los quehaceres de Menéndez Pelayo se

prolongan una década más que los de Leopoldo Alas, conviene recordar que cuando los intelectuales y artistas de la nueva generación –la de fin de siglo– andan fraguando sus primeras aportaciones, las luces de Alas y Menéndez Pelayo alumbran con plenitud. Por ello, y sin entrar en la espesura –que la hay– de las convergencias y divergencias intelectuales, un conjunto de ensayos tan emblemáticos como *En torno al casticismo* (*La España Moderna*, febrero-junio, 1895) es deudor de las reflexiones acerca de la tradición y del europeísmo, tanto de Alas como de Menéndez Pelayo. Porque efectivamente tenía razón el maestro Marcel Bataillon en el prefacio que como traductor de *En torno al casticismo* antepone a *L'essence de l'Espagne* (1923): “On ne peut oublier que, vingt ans avant la guerre de Cuba, il y avait déjà conflit aigu entre l'esprit européen des krausistes et le traditionalisme de Menéndez Pelayo”. En la órbita del krausismo y con luz propia se situaba el entonces crítico militante Clarín.

Además de ser dato relevante que Lázaro Galdiano en 1894 solicitase la colaboración de don Marcelino en *La España Moderna* para que la publicación se acercara más a los temas hispanos, y que el primer ensayo que viera la luz en tan magna empresa fuese el titulado *Esplendor y decadencia de la cultura española* (1894), lo decisivo es que a partir de aquel momento, que es, por lo demás, el que también marca el inicio de las colaboraciones de Unamuno, la obra del maestro santanderino se convierte en una referencia constante para don Miguel. Me limito a la primera prueba que tiene una

adenda interesante. En el primero de los ensayos de 1895, *La tradición eterna*, Unamuno expone la fuerza que está adquiriendo el río intelectual del europeísmo, que molesta a los molineros tradicionalistas, hasta el punto de que Menéndez Pelayo ha decidido poner su pluma al servicio de ese contacto con la cultura europea:

Y hasta Menéndez Pelayo, “español incorregible que nunca ha acertado a pensar más que en castellano” (así lo cree, por lo menos, cuando lo dice), que a los veintiún años, “sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros”, regocijó a los molineros y surgió a la vida literaria, defendiendo con brío en *La ciencia española* la causa del casticismo, dedica lo mejor de su *Historia de las ideas estéticas* “en España”, su parte más sentida, a presentarnos la cultura europea contemporánea, razonándola con una exposición aperitiva.

Nótese que el primer Unamuno presenta al primer Menéndez Pelayo como paladín de la causa casticista y tradicionalista, muy atemperado por la espléndida tarea que inició en 1883 con la *Historia de las ideas estéticas en España*. La adenda tiene su jugo: cuando don Miguel –corre el año 1916-, a instancias de Juan Ramón Jiménez, recoja estos ensayos en el tomo I de *Ensayos* (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes) el “sazonar” se convierte en “razonar”; es decir, desde la madurez de Unamuno, el papel de Menéndez Pelayo había sido razonar la exposición de la cultura europea contemporánea, para que su aderezo a la española tradicional fuese fértil y eficaz.

Idéntico poder de referencia tuvo Leopoldo Alas para el conjunto de ensayos que abren las letras españolas del XX en una coyuntura especialmente compleja. Cualquier lector de los ensayos unamunianos adivina el ademán europeísta de Clarín, expresado en el prólogo a *Nueva Campaña* (1887), en las “Lecturas” de *La Ilustración Ibérica* que nutren *Mezclilla* (1889) y el volumen de trabajos antiguos *Crítica Popular* (1896). Europeísmo que expresó con modales inequívocamente unamunianos *avant-la-léttre*: “Venga el aire de todas partes; abramos las ventanas a los cuatro vientos del espíritu; no temamos que ellos puedan traernos la peste, porque la descomposición está en casa.”

No era un ademán exclusivamente clariniano —está muy presente en el impagable *Nuevo Teatro Crítico* de Emilia Pardo Bazán—, pero el primer Unamuno entendió como referencias fundamentales las reflexiones del autor de *La Regenta*. Algunas de las cuales laten en *En torno al casticismo* de modo muy palpable. Si Leopoldo Alas reconocía en 1887 que “por ahí fuera la juventud estudiosa y bien sentida forma una atmósfera propicia al arte; aquí nos quedamos sin aire, a fuerza de echárnosla todos de hombres de mucho pulmón poético; aquí respiramos en un cuarto cerrado, estrecho, mezquino, donde se acumula una multitud de consumidores de oxígeno”; si doña Emilia Pardo, cerraba en 1893 su *Nuevo Teatro Crítico* con una reflexión certera y amarga: “Abatido el espíritu, no puede gallardearse mucho la vida del entendimiento y la prosperidad artística de una nación”; el joven Miguel de Unamuno

animaba a una juventud -la del 98- a destruir la miseria mental de España con una doble tarea:

sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en el pueblo, regeneraremos esta estepa moral. Con el aire de fuera regenero mi sangre, no respirando el que exhalo. Mi deseo era desarrollar todo esto, y me encuentro al fin de la jornada con una serie de notas sueltas, especie de sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y casi ninguna se acaba. El lector sensato pondrá el método que falta y llenará los huecos.

Ahora bien, mientras la personalidad y la obra de Menéndez Pelayo está presente explícitamente en los ensayos de Unamuno, el silencio sobre Clarín puede sorprender al lector, pero tiene una explicación convincente. Seré breve. Clarín se apartó de *La España Moderna* en 1890, tras una breve e intensa colaboración, para mantener su independencia crítica, pese a ello el crítico asturiano siempre justipreció el trabajo de la empresa de Lázaro Galdiano. Al compás de la publicación de los ensayos unamunianos en la revista, el catedrático vasco inició una relación epistolar con Clarín, en quien buscaba el interlocutor modelo del expansivo ideario que estaba dando a la luz y que tanto debía a las señas intelectuales de Alas. Las primeras, abundantes y extensas cartas de la primavera y comienzos del verano de 1895 son diáfanas en la admiración que Unamuno siente por Clarín. La fechada en Bilbao el 26 de junio de 1895 comienza de este modo:

Cada vez que le leo siento me entran ganas de escribirle en hilo indefinido participándole las muchas sugerencias que sus escritos provocan en mí. Es usted no ya el primero, casi el único escritor español que me hace pensar. [Y termina confesando de nuevo su deuda para con el pensador ovetense] No sabe usted bien el placer que tengo al seguir estas relaciones. Era usted una de las personas con quien más vivamente deseaba comunicarme, pues he conversado más de una vez con sus escritos. Espero nos hemos de ver, y entre tanto a lo mucho que le debo como uno de su público, le deberé más aún en esta correspondencia.

A esta luz y a la que proporcionan los evidentes préstamos que *En torno al casticismo* contrae con el ideario de Alas –con sus presupuestos regeneracionistas liberales y con sus inquietudes espirituales, así como con sus tareas críticas- resultaba impensable que los artículos de Unamuno silenciase a Clarín, incluso en pasajes del primer ensayo en que su mención hubiese conferido autoridad a la torrentera de ideas unamuniana. El silencio, como sospechaba al redactar mi tesis doctoral, vino impuesto. La prueba fehaciente es una carta de Lázaro Galdiano, tras leer el manuscrito del primer ensayo, fechada el 24 de noviembre de 1894: “En su primer artículo cita usted a Clarín al cual no se le cita en *La España Moderna* desde que dijo que no quería nada con mi publicación y a pesar de que después ha cambiado de criterio. Estimaré que usted lo tache en pruebas”.

Unamuno, en efecto, silenció a lo largo de los cinco ensayos el nombre de Alas, que con toda seguridad se hermanaba con el de Menéndez Pelayo, desde polos opuestos, en el fragor de ideas que nutría los ensayos fundadores de las letras españolas del siglo XX. Menéndez Pelayo, como acicate revulsivo, y Alas, por haber

sido –tal escribe Unamuno en octubre del 95- “el literato y pensador español a quien debo más ideas, gérmenes de ideas y cabos de hilo”.

Si he esbozado la primera proyección de Alas y Menéndez Pelayo, idéntico camino podría seguirse en la obra azoriniana. Quede con ello constancia de las ataduras de las primeras letras españolas del XX con ambas figuras, de alguna de cuyas relaciones intelectuales me voy a ocupar a continuación, adelantando que la mayor parte de ellas tienen que ver con esos paralipómenos del gran pensamiento español del último tercio del siglo XIX –Giner, Menéndez Pelayo, Clarín...-, que son también los ensayos unamunianos de 1895.

II

A lo largo de su dilatada trayectoria de periodista, Leopoldo Alas publicó dos semblanzas de Marcelino Menéndez Pelayo. La primera data del 3 de junio de 1879 y con importantes variantes pasó a formar parte de *Solos* (1881), el primer libro de crítica de Alas. La segunda la escribe en el invierno de 1884 para *La Publicidad* barcelonesa –donde colaboraba regularmente- y viene precedida de una carta del verano del 93 en la que Alas le pedía a su “muy querido amigo y condiscípulo (y maestro)” –tal reza la carta- información y datos precisos sobre su biografía para completar lo mucho y bueno que sabe de él. Don Marcelino, en carta del 27 de septiembre del 93, le envía la información deseada bajo el epígrafe “Nota biográfica” que Alas utilizará como eje vertebrador de su

semblanza. Son textos los clarinianos que persiguen la misma finalidad, pero la historicidad de los mismos y la historicidad del periodista y de la personalidad que es sujeto (así lo dirían los clásicos) de los textos es bien diferente.

La primera semblanza se publicó en *La Unión* el 3 de junio de 1879, como continuación de una serie, “Cartas de un estudiante”, dirigidas por Clarín al amigo Tomás Tuero, que había iniciado el verano anterior con la voluntad de ser memorias. Precisamente una advertencia preliminar al artículo habla del proyecto, que debe desembocar en libro, y que contendría capítulos —luego nonatos— sobre la cátedra de Salmerón, la de Camus, la de Giner, el Ateneo, Revilla, Pérez Galdós, etc. Un capítulo de dichas memorias nonatas es el que dedica a don Marcelino.

El contexto inmediato de esta semblanza y quizás el primer motivo generador de la misma, lo constituye la breve referencia crítica que Clarín dedicó a los *Estudios poéticos* (1878) de Menéndez Pelayo en la *Revista de Asturias* del 25 de junio del año anterior a la semblanza. Referencia crítica de la que el maestro de Menéndez Pelayo, don Gumersindo Laverde, le daba noticia en carta del 3 de agosto con su sordina habitual: “Un demócrata asturiano, que se dice tu condiscípulo, Leopoldo Alas, dedica a estos *Estudios* algunos renglones benévolos en una carta dirigida a la *Revista de Asturias*”.

Los renglones de Clarín que desautorizaban algunos de los trabajos contenidos en el libro, elogiaban, en cambio, la simbiosis

clásico-cristiana que el joven Menéndez Pelayo reclamaba desde el metapoema *Epístola a Horacio*:

De las aficiones, y dados los estudios del señor Menéndez Pelayo, era de esperar que el poeta dejara hablar demasiado al retórico y al erudito: esto podrá hacer la lectura de esa poesía difícil para gran parte del público, demasiado poco clásico por desgracia; pero el que imparcialmente y con un poco de gusto lea estos versos, se convencerá de que Menéndez Pelayo es poeta de veras, a *pesar* de ser erudito y no de los despreocupados. Recomiendo muy especialmente la epístola a Horacio, muy bien sentida y escrita en unos versos blancos que recuerdan a los de la elegía a las Musas de Moratín.

Por cierto, que Alas nada decía del formidable entusiasmo de Menéndez Pelayo ante el fondo sensual de la paganía de Horacio, ante la forma horaciana, ni del agresivo e injusto ataque a la poesía del Norte –el romanticismo alemán– desde los nítidos contornos y precisas líneas de la literatura latina. Ataques y equivocadas afirmaciones que el polígrafo cántabro acabó por corregir con el paso del tiempo, según apuntó Antonio Santoveña. De todos modos, en los versos de la *Epístola*, fechada el 28 de diciembre de 1876, estaban la semilla de las señas ideológicas y estéticas del joven intelectual.

Yo prefiero las plácidas corrientes
del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
del Ebro patrio o del dorado Tajo.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
yo soy latino y adorarte quiero;
ánimense tus hojas inmortales!

El contexto más alejado de esta semblanza viene dado por la participación de Leopoldo Alas en el colofón de la polémica sobre la ciencia española, que se había iniciado a comienzos de la primavera del 76, con una opinión de Gumersindo de Azcárate, rebatida a instancias –bien especificadas hace años por don Benito Madariaga- de Gumersindo Laverde por el joven Menéndez Pelayo. El escenario de la polémica que tuvo en Manuel de la Revilla el contradictor –el Mr. Masson- de don Marcelino no debe dejarse de considerar, puesto que Gaspar Núñez de Arce ingresaba en la Academia el 21 de mayo de 1876 con un discurso diáfano, “Causa de la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional bajo los últimos reinados de la casa de Austria”, contestado aquella misma tarde por don Juan Valera con otra pieza oratoria por igual diáfana, “Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española”. Clarín, por su parte, se ocupaba del discurso de Núñez de Arce en *El Solfeo* del último día de mayo del 76, aplaudiendo el grito de combate en pro de la libertad y de la tolerancia del poeta en la Academia:

¿Y las causas de esta agonía? El señor Núñez de Arce las señala atrevidamente y con seguro juicio, acreditándose de profundo pensador; el absolutismo y la feroz intolerancia religiosa, esta sobre todo, tuvieron la culpa de nuestra atonía intelectual; las pruebas que el académico aduce no son nuevas porque no podían serlo, pero están presentadas con tal arte, y puestas tan de relieve que el ánimo del hombre moderno se exalta y se indigna al recuerdo de tantos horrores, y más todavía ante la idea de que hoy existe quien suspira por aquellas abominaciones.

No es posible entrar en detalles en un artículo de esta índole, y concluiré dando el parabién al poeta por un último *grito* en pro de la tolerancia y la libertad.

En cambio, a su juicio, la contestación de Valera – mitigando el papel de la Inquisición- no satisfizo a Alas, que lacónico escribe: “De la contestación del señor Valera habría mucho que decir para ser justo y exacto: baste con apuntar que esta vez el Voltaire ortodoxo y constitucional no ha puesto su fría y desmenzadora crítica al servicio de una buena causa”.

Marcelino Menéndez Pelayo tomó nota del escenario y en la primera edición de *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española* (Madrid, Víctor Said Editor, noviembre, 1876) identificó al poeta con el abate Marchena: “El nuevo académico está por lo visto, en tales cuestiones a la altura de los críticos del año de gracia de 1820. No le envidio la triste gloria de sustentar causa tan antipatriótica y atrasada”, mientras constataba: “Pero dejemos el discurso del nuevo académico, ya que con tanta brillantez lo trituro su compañero el señor Valera”. A la luz de estos breves datos parece evidente que las posiciones de Alas y Menéndez Pelayo no eran concordantes con respecto a lo que habían sostenido Núñez de Arce y Valera, si bien debe certificarse que don Marcelino contestaba a Revilla y no a Clarín, pues las opiniones del joven intelectual cántabro, vertidas en la *Revista Europea*, vienen motivadas en el punto particular que aquí se trata por la “Revista Crítica” de Ma-

nuel de la Revilla en la *Revista Contemporánea* (30-V-1876), en la que había abordado los citados discursos académicos.

Al publicarse el libro de Menéndez Pelayo, Clarín lo reseña en *El Solfeo* (29-XI-1876). Clarín, desde sus constantes inquietudes ante el problema religioso, viene atacando sistemáticamente el carácter fanático y retrógrado del catolicismo español que encuentra su mejor acompañante político en el carlismo. Su anticlericalismo es conocido, el fustigar constante a *El Siglo Futuro* y a su director Cándido Nocedal, también. En realidad, constituye el tema dominante de sus primeras colaboraciones en *El Solfeo*, sobre todo, y en *La Unión*.

Dado este contexto, la lectura crítica de Clarín de *La Ciencia Española* es eslabón imprescindible en las relaciones entre los condiscípulos. Expongamos su naturaleza brevemente. En primer lugar, reconoce la inmensa erudición y potencia intelectual de su antiguo compañero (nótese que el artículo está redactado en forma de carta pública a don Marcelino): “Cuando cualquier condiscípulo quería recordar algún enrevesadísimo nombre de rabí, ben-fulano-de-tal, recurría a usted que los tenía todos en la punta de la uña. Aprenderse de corrido un capítulo interminable de la Historia crítica de Amador, con todas sus perífrasis y amplificaciones era para usted como coser y cantar”.

En segundo lugar —es lugar común en otras referencias críticas de la época—, lamenta el tono aparentemente suficiente de Revilla y aplaude los “palmetazos” que le ha proporcionado

Menéndez Pelayo. Ahora bien, si Clarín está de acuerdo con la erudición y los datos irrefutables de su antiguo compañero, no lo está con los extremos ideológicos del quehacer del cántabro, quien se ha burlado de las revistas de la época, de los debates en el Ateneo (digamos de paso que en ellos florecía el krausopositivismo) para afirmar la ciencia española. Precisamente, en el apellido de la filosofía —española— y en su tratamiento estanco radica la más importante discrepancia de Clarín, quien desde unas coordenadas aprendidas en Giner, apela a los valores universales del pensamiento y a una mezcolanza, que será invariante de su ideario, entre tradición nacional y europeísmo, entre casticismo y universalidad, siempre decantada hacia el segundo polo:

Para defender nuestra tradición científica, ¿era preciso burlarse de las revistas —al cabo españolas— que quieren esparcir entre nosotros los conocimientos modernos, la literatura extranjera? Que en esas revistas se traduce muchas veces mal lo que los escritores han escrito bien, verdad es, por desgracia, y ya muchos lo hemos lamentado. Pero, ¿piensa usted que el remedio es dejar de traducir? Quiere usted que todas las fuerzas de nuestra actividad intelectual se empleen en sacar del olvido los nombres de españoles dignos de aprecio más que de estudio? Dice usted en alguna parte que se precia de conocer el corazón humano; yo no me precio de tanto, pero a usted sí creo conocerle un poco: para usted la filosofía no es un artículo de primera necesidad, ni la mira como cuestión de vida o muerte para el espíritu, y lo que más le atrae es su aspecto literario, de la filosofía prefiere usted la historia de la filosofía, y en ésta más que la historia interna la parte erudita, la literatura y aun diré la bibliográfica. Para el hombre de las aficiones que usted *muestra* —subrayo como usted esta palabra— aunque no sé por qué, pero el diablo las carga— es más interesante que nada una lista de autores nacionales que bien o mal han tratado tal o cual materia filosófica pero no es lo mismo para los demás si la duda ha entrado en mi alma, y si un deseo de saber la verdad me aguijo-

nea, yo que sé que la vida es corta, acudo a la ciencia y procuro ver en ella lo que más vale, guiado todo por mi conciencia reflexiva, pido ayuda a los más grandes pensadores de la humanidad: si de Grecia, para seguir el pensamiento humano en sus capitales momentos, es necesario saltar hasta Alemania, doy ese brinco sin la menor inquietud por parte de mi acrisolado patriotismo; y si veo como sí lo veré, que en estos días existe una crisis filosófica, que en el extranjero se tratan los problemas mientras aquí calla todo, menos el fiscal, ¿qué he de hacer, señor Menéndez, qué he de hacer, sino acudir a las fuentes a dar las gracias a cuantos me enseñen el camino? La ciencia antes que ciencia nacional es obra humana.

Los entresijos del texto de Alas esconden, al margen de los distingos –así los llamó el crítico asturiano– frente a su condiscípulo, dos constantes de su relación con Menéndez Pelayo: el acuerdo en combatir los excesos del positivismo (por eso le parece bien que su compañero reprenda a Revilla) y el desacuerdo radical en la estimación del krausismo.

Desde estos antecedentes podemos examinar la semblanza de Menéndez Pelayo que incluyó en *Solos* y que había publicado inicialmente a finales de la primavera del 79. La circunstancia concreta del artículo de Clarín –concebido como carta pública a su amigo Tomás Tuero es “darte a conocer tal como es, o como yo creo que es, el joven cuyo nombre encabeza esta carta”. Esa misma circunstancia incluye la sorpresa de Alas ante las censuras que ha levantado la pequeña compilación biográfica de Miguel García Romero (*Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, Viuda e Hijos de Aguado, 1879) acerca del catedrático de Historia Crítica de la Literatura Española de la Universidad Central.

Alas dice no ser ni un ciego admirador ni un interesado por el espíritu de partido. En verdad, no es sospechoso, desde sus señas de identidad krausistas y republicanas. Desde esa atalaya escribe: "Menéndez Pelayo es tradicionalista, católico a macha-martillo (son sus palabras)", constatando las distancias religiosas e ideológicas que los separan, pero entre ellos existe una gran cordialidad y un afecto mutuo: "Cuando después de largos intervalos de tiempo nos encontramos, Menéndez Pelayo abre gozoso y expansivo los brazos para recibir en ellos al antiguo discípulo, y yo con placer acojo sus sinceras demostraciones de aprecio, y con alegría y entusiasmo admiro los procesos que en los meses o años transcurridos ha hecho el espíritu singular de mi buen amigo".

Así pues, Clarín evoca a Menéndez Pelayo desde coordenadas religiosas e ideológicas diferentes, pero desde la cordialidad humana y la simpatía intelectual. La evocación tiene dos caras, que el provinciano universal trata con muy desigual extensión. El haz es la dimensión de estudioso brillante e imaginativo de la civilización clásica y de su literatura. Lejos de su erudición muerta, de anticuario, Clarín sostiene que su discípulo "ve al través de los códices carcomidos, de los pedantes vivos y muertos, del polvo y de la herrumbre, levantarse las edades que fueron, con vida real, con sus pasiones, sus ideas, sus propósitos, sus hazañas, su literatura y su nota dominante en el gran concierto de la historia. Pero entre todas las historias y todas las literaturas, Menéndez Pelayo

escoge las de Grecia y las del Lacio, en lo que estas conservan el espíritu que imitaron”.

Menéndez Pelayo es a juicio de Alas, un ejemplo a seguir en su amor por lo clásico (y ese amor lo compara al que sintieron Boileau, Goethe y los poetas románticos europeos) y en su afán por desentrañar la tradición clásica desde su conocimiento de lo moderno: “Amar lo antiguo por ignorancia de lo moderno es achaque de algunos eruditos; pero amarlo, conociendo lo nuevo y por lo mismo, porque se echa de menos en esto lo que en lo antiguo existe, es otra cosa: y esto sucede en Menéndez Pelayo”.

La erudición viva, el amor a las letras clásicas y la poderosa inteligencia e imaginación de Menéndez Pelayo son las luces inequívocas de la semblanza del que cuando el artículo sea recogido en *Solos*, ya será académico, con el aplauso de su condiscípulo asturiano.

El envés de la evocación es su relación con la filosofía y, en especial, con Salmerón. En este aspecto, debe certificarse que la ojeriza de don Marcelino por Salmerón, que tan bien expresó Pedro Sáinz Rodríguez en su excelente conferencia del otoño de 1972 “Menéndez Pelayo, ese desconocido”, tenía como oponente la pasión entusiasta que el ideario del catedrático krausista despertó en el joven Alas, que siempre la atesoró en la más recóndita intimidad. No es este el lugar para historiar la valoración de la personalidad de Salmerón desde distintos ángulos de la intelectualidad contemporánea, pero a buen seguro se extraerían notables conoci-

mientos, tanto institucionales y académicos como personales. Lo importante es dejar constancia del escollo que la semblanza de Menéndez Pelayo presenta desde la óptica de su compañero de estudios:

En cátedra de Salmerón, el joven clásico estaba fuera de su centro. ¡Qué lástima! ¿Por qué no había de amar la filosofía *nuestro griego*? Grecia la había amado, y sus poetas fueron filósofos y sus filósofos fueron poetas. El secreto estaba en que Salmerón decía *equidad*, y la *cosa en sí* y *lo otro que yo*. Pelayo no pasaba por esto.

Es claro que lo peor era para el mismo Pelayo; no sólo porque perdía el placer inefable de entender a Salmerón, sino...porque los *neos*, que no tenían por dónde cogerle, le cogieron por ahí; y Pelayo vive entre los neos; pero de seguro que tampoco está contento, porque entre ellos y él, a pesar de las apariencias, hay abismos.

He ahí el corolario de la semblanza, del primer encuentro de Alas con la formidable obra y la rica personalidad del joven polígrafo cántabro: Menéndez Pelayo no es un *neo* y lo mejor que podía hacer es escaparse de ese mundo. Esta opinión de Clarín reverbera pocas semanas después, y lo sigue haciendo en sus artículos más combativos. La reverberación a la que me refiero es a propósito de las invectivas que en *La Ciencia Cristiana*, un crítico (con el que Clarín mantendría largos contenciosos) Antonio de Valbuena, ha proporcionado a Menéndez Pelayo por no leer *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879) como sátira política. La polémica la analizó con detalle y lucidez el profesor González Herrán en su magnífico libro, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*

(Santander, Estudio, 1983), de donde tomo algunos datos. La expongo brevemente.

La recepción crítica de la novela se dividió en dos bandos: los liberales tacharon la novela de sátira política, mientras los conservadores –siguiendo a pie juntillas la *intentio auctoris*– negaron ese propósito. Los críticos más significativos de ambos sectores eran, naturalmente, Alas y Menéndez Pelayo. El joven maestro cántabro la reseñó en *La Ilustración Española y Americana* (28-II-1879) donde lee la novela *stricto sensu* como proponía su autor:

Si como novela se la considera, puede tachársela de acción escasa, aunque tiene la que basta y sobra para mover unas cuantas figuras, principal, si no único, propósito del libro. No es el fin de éste, como a algunos podrá antojárseles, la sátira política, ni viene ésta más que como episodio, y sin salir de los límites del arte, debiendo estimársela como un recurso para poner en juego a los personajes. [...] Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela *probar* nada (es demasiado artista para eso); pero si alguna enseñanza se deduce de su libro, es la demostración del absurdo que se comete llevando a un pueblo rústico y laborioso las miserias políticas.

Leopoldo Alas, un mes después, en *La Unión* (28-III-1879), comentaba lúcido e irónico acerca de la opinión de Menéndez Pelayo: “Conociendo la parte flaca del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, un agudísimo crítico de los del rebaño ortodoxo dijo que Pereda no se proponía ahora demostrar cosa alguna ni resolver problema que valga. Tal creo, es decir, tal aparentó creer para no incomodarme y no echarlo todo a rodar”.

En esos términos estaba el debate cuando tardíamente Antonio de Valbuena, desde la plataforma ultramontana *La Ciencia Cristiana* (julio 1879), atacaba las tesis de Menéndez Pelayo, de quien dice que ha escrito despropósitos y opiniones paganizantes sobre la novela perediana, puesto que "el señor Pereda, artista cristiano, si los hay, se encuentra de un golpe convertido en explotador de la teoría pagana de *el arte por el arte*", añadiendo en contra de la tesis de Menéndez Pelayo, a quien no cita explícitamente: "El arte no es ni puede ser independiente, como no puede serlo la ciencia, como no puede serlo la política, porque todo depende de Dios". A este artículo de Valbuena es al que se refiere Clarín en un corolario de la polémica que le pasó inadvertido al profesor González Herrán, y que es la mejor reverberación de la desiderata que Alas le hacía a su condiscípulo al concluir la semblanza antes examinada. He aquí el texto del "Palique" que *La Unión* publicó el 25 de junio de 1879:

¡Cuando yo decía! El señor Menéndez Pelayo no podía vivir en paz mucho tiempo con los sacristanes. ¡Él tan clásico! ¡Ellos tan...murciélagos!

En la *Ciencia Cristiana*, revista que yo no leo (Dios me libre), ha visto la luz un artículo que copia *El Siglo Futuro* (que sí leo, y a mucha honra). En el tal artículo, con motivo de elogiar una obra del señor Pereda, se pone al señor Menéndez Pelayo como la chupa de dómine. El autor de la invectiva es el señor don Antonio de Valbuena —muy señor mío—, que no sé si es cura, pero que lo parece. Si es presbítero, efectivamente, como creo, o he olido mal, dispense si no le trato con todos los miramientos con que le trataría si supiera a ciencia cierta que lo era. Digo esto porque el señor Ferreiroa, a quien yo tuteaba, me salió cura, y desde entonces, en cuanto veo un neíto, me digo: ¡éste es podenco!

El señor Valbuena, o el padre Valbuena (lo que sea, porque hasta puede ser fraile descalzo), copia palabras de la crítica que escribió Pelayo, tratando del Don Gonzalo de Pereda, y añade “que va más adelante que todos en la vía del despropósito”, porque, según Pelayo, Pereda no se propone demostrar nada en su novela. Son para leídos los aspavientos que hace el reverendo Valbuena (casi estoy seguro de que es fraile) y los denuestos que dirige al señor Pelayo, aunque sin nombrarle.

Por supuesto que la tesis de Su Ilustrísima Valbuena (quién sabe si será obispo) no puede ser más peregrina. Dice que un autor cristiano no puede escribir sin proponerse demostrar algo. Lope de Vega era cristiano; Villaviciosa era cristiano, ¿qué demuestran la *Gatomaquia* y la *Mosquea*? Tirso era cristiano, ¿qué demuestra *Marta la Piadosa* o *El vergonzoso en palacio*? Moreto era cristiano, ¿qué demuestra *El desdén con el desdén*, como no sea alguna tesis erótica? Cervantes era cristiano, ¿qué demuestran *Rinconete y Cortadillo* y el *Diálogo de los perros*? Y así hasta lo infinito, o cerca. También dice Valbuena (quizá sea paisano) que la novela no apareció hasta que la inventó el *Cristianismo*. Por lo visto, en Grecia no hubo novela, ni sobre la novela en Grecia no se han escrito (y muy recientemente) libros muy notables. Y en Roma pagana, ¿no hubo novela? Que se lo diga al crítico de sacristía el señor Menéndez Pelayo.

El cual señor Menéndez Pelayo debe separarse cuanto antes de esos roehostias, que sólo pueden darle disgustos. Valbuena ya compara a Menéndez Pelayo con el cura Merino, y lo excomulga en regla. Vamos, amigo Pelayo, quítese usted de ahí; se está usted poniendo perdido.

El texto es excelente, porque la subnarración, la narración escondida, dibuja toda la sabiduría clásica de Menéndez Pelayo y los dogmáticos e ignorantes compañeros de viaje que incluso le discutían su inteligente y poderosa erudición y crítica.

III

Barcelona, 19 de febrero de 1894. *La Publicidad*, el periódico en el que Clarín colabora desde hace catorce años publica una semblanza de Marcelino Menéndez Pelayo, que lleva la firma de quien se considera desde 1873, “admirador y amigo suyo, lector

asiduo de sus obras y espía de todos sus pasos por el camino de la gloria"; es más, son condiscípulos, pero Alas se tiene por discípulo suyo en muchas cosas. Varias son en las que hace hincapié. En primer lugar, su equilibrio en el juicio, asentado en un trabajo metódico y constante. En segundo término, su riqueza de sugerencias al enjuiciar las ideas y las personalidades que las encarnan: "No he leído hasta ahora ninguna opinión suya sobre ideas o sobre hombres de quien yo hubiera pensado algo, que no me ofreciera cierta novedad y fuerza de reflexión, nuevas para aprovecharlas". Y en tercer término, el carácter de texto vivo de la erudición fértil, severa e inteligente: "Su gran indignación contra los eruditos de segunda mano, contra la sabiduría barata, ha contribuido no poco a que yo, a pesar de las facilidades que ofrece la moderna industria de los eruditos a la violeta, jamás cayera en la tentación de querer que me tuvieran por sabio y erudito los demás, ya que engañarme a mí propio fuera imposible."

El intelectual, el novelista, el crítico que escribe estas líneas ha moderado las aristas de su pensamiento de la década de los sesenta, ha dejado fluir la cordialidad y el humanismo de su perfil krausista, que se ha consolidado en la búsqueda de la idealidad, de un modelo ético al que responden todas sus labores intelectuales.

El propio Clarín se dibuja en la semblanza de su condiscípulo:

Bien sabe Dios que no soy fanático del liberalismo ni de cosa alguna que divida a los hombres en sectas o partidos; que cada vez creo menos en las diferencias que no están determinadas por la verdad, el bien o la belleza; pero con toda imparcialidad se puede decir que, en general, los llamados liberales suelen ser más generosos para reconocer el mérito en los partidarios de ideas contrarias. Podrá esto deberse en parte a la mayor fe y a la disciplina con que los retrógrados sostienen sus intransigencias, pero lo cierto es que para la mayor parte de los reaccionarios con ribetes de ortodoxia acendrada, los méritos del enemigo no deben ni verse ni confesarse.

Leopoldo Alas desde el liberalismo espiritual que profesa reconoce la ideología de Menéndez Pelayo, quien desde hace años ha abandonado a los compañeros de viaje que le lastraban: “Menéndez Pelayo no es ni siquiera un *neo*, por insigne que fuese; es un escritor católico, como tantos otros que andan por esos mundos, que no tienen nada de reaccionarios ni oscurantistas”. En realidad, el perfil que Clarín adivina en el maestro santanderino a la altura de finales del siglo XIX era el que don Marcelino le había confesado en una carta, a la que invoqué en el comienzo de esta conferencia. Se trata de la carta que Menéndez Pelayo le remitió el 26 de octubre de 1891: “Yo he sido siempre muy poco liberal, en el sentido de que la libertad nunca he podido entenderla como “fin”, sino como “condición” y “medio” de realizar el ideal de vida humana y acercarnos en lo posible al ideal de vida divina.

Narrar las relaciones entre Alas y Menéndez Pelayo en el intervalo que va desde *Solos* y el ingreso de don Marcelino en la Academia (1881) hasta 1894 es, si nos atenemos a todas las menudencias, asistir a uno de los relatos que mejor explicarían los años

80 del siglo XIX en el ámbito cultural y literario. No cabe tal relato en el pequeño paréntesis de estos minutos santanderinos. Voy a referirme a algunos momentos importantes, de los que se pueden derivar las razones de la cordialidad y el aprecio mutuo del que son testimonio la semblanza y el agradecimiento epistolar, que con retraso don Marcelino expresa a Alas el 17 de abril de 1894:

Debo a usted hace un siglo contestación a una carta suya, y además mil gracias por el benévolo y cariñoso artículo biográfico que tuvo usted la bondad de escribir en *La Publicidad*, de Barcelona. Ha sido para mí como un recuerdo de nuestros años universitarios, y he celebrado en lo más íntimo de mi alma que nuestra amistad de estudiantes no haya tenido, en un período relativamente tan largo, la menor frialdad ni interrupción.

El primer momento debemos situarlo en el otoño del 82, cuando ha finalizado la publicación de los tres volúmenes de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* (1880-1882). Leopoldo Alas es a la sazón catedrático de Economía Política de la Universidad de Zaragoza, mientras sigue infatigable con sus trabajos en la prensa, en la que ha dejado constancia –en *La Diana* de Manuel Reina, desde el primero de febrero-, de su conocimiento y penetración crítica en la lectura de las doctrinas de la escuela naturalista, así como en la barcelonesa *Arte y Letras* –desde su primer número, 1-VII-1882- su perspicacia en el análisis del estilo en la novela. Al mismo tiempo, sigue con interés el último recorrido de la primera edición de los *Heterodoxos*. En *La Diana* dará noticia (16-VII-82) de que Menéndez Pelayo ha terminado “su importante obra acerca de

la historia de los heterodoxos en España”, para de inmediato advertir que no va a juzgar la obra en su conjunto, sino los últimos capítulos, en los que ha podido leer denuestos contra Salmerón, Giner y el krausismo en general, pero también reproches a Pérez Galdós –cito a Menéndez Pelayo–: “¡Oh y cuán triste cosa es no ver más mundo que el que se ve desde el ahumado recinto del Ateneo y ponerse a hacer novelas de carácter y de costumbres con personajes de la *minuta de un testamento*, como si Ficóbriga fuese un país de salmerones o de azcárates!”

Alas, que reconoce el talento de Menéndez Pelayo, censura duramente su voluntad de Torquemada para poner a todos “los liberales a la parrilla” y olvidar “el claroscuro de la justicia distributiva”, llevando su obra a equivocar su original propósito doctrinal y literario:

Crear que Salmerón es una medianía, Giner un confeccionador de programas, Galdós un imitador de una nulidad, Echegaray poco menos que un loco es imposible en el hombre de talento que en todas las ocasiones ha manifestado el profesor de la Central. Si hubiera dado a cada uno lo suyo, hubiera puesto en evidencia los lunares positivos de las ideas y hombres que combate. Pero Menéndez Pelayo es un inquisidor que ya no quema con arreglo a un procedimiento judicial, sino por el sistema de Omar y Napoleón: es el inquisidor incendiario.

Como decía, el artículo de Alas que he citado es del verano del 82, donde advierte que se ocupará por extenso de los últimos tramos de los *Heterodoxos*. Y lo hizo en el otoño, desde las columnas del diario madrileño *El Progreso*, en tres artículos, que constitu-

yen el momento más crítico del liberal Alas frente a su condiscípulo, aunque creo que no se trata de la desaprobación completa de lo que Menéndez Pelayo ha escrito sobre la cultura liberal contemporánea, sino que la posición del asturiano universal es anfibia. Alas es tajante en un doble sentido: de un lado, cree que los *Heterodoxos* no es un libro infamatorio ni una diatriba vulgar, porque Menéndez Pelayo se ciega con la pasión para el mérito del enemigo, pero es un lince en la agudeza con la que plasma sus defectos. De otro, Clarín estima que su condiscípulo ha cometido injusticias irritantes con respecto a algunas personalidades indiscutibles de la cultura española contemporánea. De ahí que su diapason crítico sea ambivalente:

Menéndez Pelayo ha estado irreverente, injusto y ciego hablando de los hombres que en España representan lo poco de ciencia y arte que tenemos; pues bien, yo daré de mano a los sofismas que podrían ayudarme para oscurecer el mérito del crítico ultramontano, y me esforzaré en demostrar que aun en ese estilo ligero, apasionado y sin orden, en que se trata del pensamiento libre en España, prueba que tiene inmenso talento, y confesaré que muchas veces pone el dedo en las llagas que debieran curar los liberales españoles.

Ambivalencia que le permitirá discrepar frontalmente en la valoración del krausismo, tras recordarle que *La Ciencia Española* no probó que existiese una viva y fuerte tradición de filosofía original en España. La valoración del krausismo es equivocada porque al polígrafo cántabro le ciega la pasión y mezcla figuras de distinta envergadura, calificándolos a todos por un rasero injusto

especialmente para las grandes personalidades –Salmerón y Giner-, mientras sostiene aquí y allá que “el catolicismo es la verdad (no se sabe si el de Pelayo o el de Fonseca) y cuantos digan algo contra él –si no son tan amigos del autor como Valera-, disparatan”. Ambivalencia que le permite a Clarín ser muy severo con las apreciaciones literarias de Menéndez Pelayo, aun reconociendo que en este territorio “habla con mayor competencia aunque no con menor injusticia, provocada por una pasión quizá más fuerte”.

Atendiendo a esta óptica crítica de dos caras, la que estima y la que censura, Clarín puede decir que Menéndez Pelayo como crítico literario tiene “dentro de sus ideas, un buen gusto exquisito” y cuando juzga con imparcialidad “ve mucho y bien”, pero cuando le ciegan intereses de escuela ajenos al arte, se desliza por el camino de la injusticia que le ha llevado a colocar a Pereda al nivel de Cervantes y por encima de Galdós. Idéntico prisma crítico es el que usa Clarín para admirar el amor de Menéndez Pelayo por las letras clásicas, y al mismo tiempo censurar su sesgado conocimiento de la literatura contemporánea, en concreto, del realismo y del naturalismo:

En general, hace bien Pelayo en amar la literatura clásica, de eterna enseñanza; pero hace muy mal en deprimir la literatura moderna. Según la desprecia, se conoce que ni siquiera la estudia con el afán y ahínco que emplea en el conocimiento de las obras antiguas. Se ve, hasta por lo poco que de ellas habla, que Pelayo conoce mal a Balzac, a Flaubert, a Zola y [a] tantos novelistas modernos, que representan una vida literaria de no inferir competencia que la que pueda tener aquella de griegos, romanos y sus imitadores, que tanto entusiasmo a mi ilustre amigo.

Yo quisiera ver a Menéndez Pelayo examinando con datos suficientes el movimiento contemporáneo de las letras; quisiera verle, pero si prescindiese de su dogmatismo, porque por el camino que lleva no tardará en proponer que se traslade su amada Inquisición al Parnaso.

Es evidente que la larga reseña de Alas a los últimos capítulos de los *Heterodoxos* es la más ácida de las que escribió sobre sus obras. Las zonas de fricción eran para el intelectual asturiano muy queridas: el krausismo y el realismo-naturalismo. Zonas de fricción que también reconocía el polígrafo santanderino, quien en la *Historia de las Ideas Estéticas en España* (1883-1891) volvería a mantener posiciones muy semejantes, especialmente en lo que toca al krausismo. Es un tema largo y fecundo, pero que no podemos desbrozar, al menos en lo referente al krausismo.

Para enlazar con el segundo momento de los dilatados años que median entre las dos semblanzas de Menéndez Pelayo, hay que anotar que las distancias –sin duda inteligentes, y en ocasiones entradas en razón– de Menéndez Pelayo con respecto al naturalismo, las había bosquejado ya en su discurso de ingreso en la Academia (1881), donde lanzó un ataque a las teorías de Zola desde el respeto y la aceptación de la tradición realista:

(...) en este siglo de duda y descreimiento, que nació entre revoluciones apocalípticas, y acaba en su triste senectud, dejándonos en la filosofía un nominalismo grosero, y en el arte la descripción menuda y fría de los pormenores, descripción por describir, y sin fin ni propósito, y más de lo hediondo y feo que de lo hermoso; arte que hasta ahora no ha encontrado su verdadero nombre, y anda profanando los muy honrados de *realis-*

mo y naturalismo, aplicables sólo a tan grandes pintores de la vida humana como Cervantes, Shakespeare y Velázquez.

Su postura acerca del naturalismo la expondría con algún detalle y lucidez en el 84, prologando el primer tomo de las *Obras Completas* de Pereda. Menéndez Pelayo no veía en la fértil tradición realista francesa las conquistas que aplaudía Clarín. Ello le llevó incluso a malinterpretar el prólogo de Alas a *La cuestión palpitante* (1883) de Emilia Pardo Bazán, quien con su sagacidad habitual le decía epistolarmente (10-X-1883):

De lo que me dice usted del prólogo de Clarín no sé qué opinar. A mí me parecen siempre las opiniones de Clarín hijas del más puro y generoso celo literario. Respiran una energía que podrá extremarse más de lo justo en el ardor de la polémica o en el primer movimiento de la indignación, pero que siempre revela un alma abrasada en solicitud por el adelanto serio de las letras. Y en cuanto a la calificación de *idiotas*, como puede usted ni indicar siquiera que en caso alguno rezase con usted? ¡Con usted a quien Clarín considera (me consta) lo que es usted en realidad, pero lo que no todos los correligionarios de Clarín, ni siquiera todos los de usted confiesan que usted sea!

Andaba en lo cierto Emilia Pardo. Al margen de las distancias ideológicas, el comportamiento crítico de Alas y Menéndez Pelayo –salvo en los momentos agrios– es semejante y casi simétrico: Alas ataca y satiriza a conservadores ignorantes, también a los naturalistas de portal, mientras Menéndez Pelayo desautorizó a los liberales de guardarropía (la excepción son los krausistas) a la par que denosta a los naturalistas de portal. Lo hizo en el prólogo a las *Obras Completas* de Pereda y era el deseo que albergaba cuando Va-

lera inició en la *Revista de España* en 1886 la publicación de sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*. Le escribe Menéndez Pelayo (17-VIII-1886):

No menos y quizá más ardo en deseo de ver esa refutación del *Naturalismo* que usted me anuncia tener ya comenzada. Si ingenios como el de usted no acuden a tiempo, nos va a invadir la barbarie más estúpida, más pesada y más soez. So pretexto de naturalismo, escriben libros los que no saben ni ver, ni pensar, ni escribir. No sabe usted qué plaga de novelistas menudos ha caído sobre este infortunado país desde que Clarín y la Pardo Bazán se dieron a proponer a Zola por modelo.

El mejor análisis salido de la pluma de Menéndez Pelayo del gran realismo decimonónico y del naturalismo de escuela se encuentra en el prólogo a las *Obras Completas* de Pereda, que se puede y se debe complementar con el Discurso de contestación al ingreso de Pérez Galdós en la Academia el 7 de febrero de 1897. Acostumbrado a vivir con los muertos –según recuerda ante los académicos- se prodigó poco en sus análisis de las letras contemporáneas. He de decir –casi al vuelo- que su lectura del realismo es a menudo lúcida e inteligente, no sólo en su justiprecio de Balzac (“verdadero *realista* de los de primera clase”, escribe en 1884), de Flaubert, sino en los sesgados reparos que le pone al arte de Zola y que recuerdan, anticipándolos, los que Maupassant especificó en el prólogo canónico “Le Roman” a la novela *Pierre et Jean* (1887), cuando la fábrica francesa de novelas naturalistas presentaba ya notorias fisuras. Es un tema apasionante, que le acercaría más a Clarín de lo que en principio cabe pensar, pero tampoco podemos

detenernos, y me limitaré a recordar la opinión de don Marcelino ante el fruto más sazonado del naturalismo narrativo en España, *La Regenta*, contextualizándola mínimamente.

Creo que fue el silencio público al que sometieron a *La Regenta* los lectores contemporáneos de mayor envergadura (pienso en Galdós, Pereda, Emilia Pardo y Menéndez Pelayo, por ejemplo) y que, sin embargo, tiene el contrapunto de las opiniones epistolares, que en lo que conocemos son atinadas y entusiastas, se debe a la sorpresa que les produjo la novela de Clarín: tenían entre sus manos una obra maestra. De las opiniones privadas que conocemos no me cabe ninguna duda que la de don Marcelino es de las más agudas y penetrantes. Examinémosla, advirtiendo que Menéndez Pelayo se refiere exclusivamente al primer tomo en carta del 23 de febrero de 1885.

El antiguo compañero santanderino juzga la novela con admiración, desde un canon que acepta el realismo, pero recusa el naturalismo: “El libro me parece muy notable, aunque poco *naturalista*, lo cual en boca mía es un elogio”. Así, los modelos a los que remite la novela de Clarín son Balzac y Flaubert cuando el elogio es franco, mientras que el único grave reparo que le pone está pautado desde su injusta condena de la poética de Zola. Menéndez Pelayo le escribe:

En cuanto a las figuras principales, el Magistral y la Regenta, las encuentro demasiado complicadas y, por decirlo así, *compuestas* y menos próximas a la realidad que los personajes secundarios, en los cuales ha estado

usted felicísimo, creando tipos dignos del propio Balzac o del mismo Flaubert. Con todo (y se lo digo a usted con ingenuidad de verdadero amigo), no me acaban de parecer artísticos ciertos tonos crudos que harán de fijo que las gentes de Oviedo le saquen a usted los ojos. No conozco bastante aquel pueblo para juzgar de la entera exactitud moral de las descripciones de usted, pero me figuro que usted, siguiendo su natural tendencia poética y contradiciendo el sistema realista que profesa, ha idealizado un tanto la corrupción de aquellas gentes que, según yo me las imagino, deben ser más saporíferas y vulgares que perversas.

Obsérvese que el crítico cántabro objeta a Clarín una "idealización negativa", que es la que también había dibujado en la teoría y en la praxis de Zola cuando un año antes prologaba las *Obras Completas* de Pereda. Ferviente partidario —como Valera— de que el arte es creación y que las bases ciertas están en el idealismo artístico, achacaba a Zola lo mismo que reprocha a Clarín. Bien es verdad que la reflexión de 1884 es más teórica:

En la misma noción de arte va envuelta la del ideal, siendo la una inseparable de la otra. El mismo Zola llega a reconocerlo así, aunque con una frase de crudo materialismo, cuando declara que el arte no viene a ser otra cosa que la *naturaleza vista a través del temperamento del artista*, es decir, *modificada* por eso que Zola llama temperamento. Pues bien: esa modificación que el artista más apegado a lo real impone a los objetos exteriores, por medio de los dos procedimientos que llamaré de *intensidad* y de *extensión*, arranca de la realidad material de esos objetos, y les imprime el sello de otra realidad más alta, de otra verdad más profunda; en una palabra: los vuelve a crear, los *idealiza*.

Don Marcelino está adelantando una de las conclusiones de Maupassant en 1887: "Les *Réalistes* de talent devraient s'appeler plutôt des Illusionistes". Ahora bien, mientras para el narrador francés, la ilusión realista tenía connotaciones positivas, para don

Marcelino –en 1884 y en torno a Zola- eran negativas: “De donde procede que los grandes personajes creados por el arte (que a su manera es creación, y perdonen Zola y sus secuaces) tienen una vida mucho más palpitante y densa que al mayor parte de los seres pálidos y borrosos que vemos por el mundo”.

Y unos meses después y al hilo de la lectura del primer tomo de *La Regenta*, como ya hemos indicado, sugiere que los vetustenses y sus costumbres están idealizados en las connotaciones negativas de su mundo moral social.

En el campo del abierto elogio, quedan la narración que le parece magistral, el diálogo muy sabroso, el estilo pleno y potente y la prosa densa y tupida. Las notas restantes de la crítica epistolar del primer tomo de *La Regenta* muestran el diapasón ideológico del crítico, que se queja de algunos rasgos volterianos y de un aspecto que tendrá reverberación unos años después en su rica y compleja relación con el escritor asturiano: el arte de Clarín comunica tristeza. La reverberación a la que me refiero se produce al publicarse en 1891 *Su único hijo*. Valera, quien escribe a Menéndez Pelayo el 11 de julio, se rinde ante el talento de Alas: “He leído la novela *Su único hijo* y admiro y celebro el talento de Clarín [...]. Lo que es lástima es que sea tan realista y pesimista Clarín ¡qué ruin canalla, todos sus héroes, sin excepción!; pero ¡qué verdadero todo!”

El juicio de Valera no esconde el reproche que hará suyo Menéndez Pelayo, en su contestación de doce días después (23-VII-1891):

Usted debe decir algo de la novela de Clarín. Yo soy muy amigo suyo y no quiero molestarle, su novela está escrita con muchísimo talento pero es tan repugnante y tan antipático todo aquello, que me ha costado mucho acabar la lectura. No tiene la culpa él, sino el género que cultiva y los libros que habitualmente lee. Pero usted salvará fácilmente los escollos, y dirá cuanto hay que decir, elogiándole en todo lo que merece elogio, a pesar de su magno pesimismo y *vulgarismo*, que no ya *realismo*.

Dos meses después, Menéndez Pelayo escribe a Clarín (16-IX-1891). Con cautela, le ofrece su brevísima opinión. El reparo, no obstante, aparece: la tristeza, el pesimismo que emana de las novelas clarinianas: "*Su único hijo*, que leí en seguida, y en la cual admiré de nuevo el talento y la penetración psicológica de su autor, si bien por ser yo más optimista que usted, encontré la novela un poco dura y despiadada con las necesidades y torpezas del pobre género humano, y excesivamente saturada de tristeza *decadentista*."

Además de estos dos momentos que he bosquejado, la relaciones entre Clarín y Menéndez Pelayo son hasta la fecha de la semblanza de *La Publicidad* (1894) y aún después, ricas y prolijas, si se tira del hilo de un ovillo imprescindible para la cultura española de finales del siglo XIX. Pero debo terminar.

Clarín y Menéndez Pelayo conversan mucho por carta, en especial a comienzos de los 90. Tuvieron y siguieron manteniendo discrepancias serias: Giner y el krausismo, y Zola y el naturalismo. En sus conversaciones hay elogios y aprecios mutuos. Dos botones de muestra más. Menéndez Pelayo le escribe (31-I-1889) a propósito de la publicación de *Mezclilla*, el magistral tomo de crítica

literaria de Alas de 1889: “hay en él artículos magistrales, especialmente dos: uno sobre Baudelaire y otro que se titula *A muchos y a ninguno*”. Alas relee los tomos de la *Historia de las Ideas Estéticas* y le comunica (14-XII-1891): “Los he vuelto a repasar y a admirar, cada día más convencido de lo *único* que es usted en semejantes honduras”. Ahora bien, esas conversaciones particulares tuvieron siempre en la pluma de Alas la extensión de sus ensayos y artículos, en los que la personalidad y la obra de Menéndez Pelayo es tema habitual y constante, siempre desde el respeto y la admiración. Nada de tema clariniano, en cambio, escribió para las prensas Menéndez Pelayo. Silencio que no guardó ni con Pereda ni con Galdós, ni siquiera con Emilia Pardo Bazán. El dato invita a la reflexión.

Quede como colofón de este encuentro de dos personalidades insoslayables de la cultura española su acuerdo constante en el *fin-de-siècle* para la defensa del humanismo y de la necesidad de su cultivo por los españoles. Fue Leopoldo Alas, quien en su discurso de apertura del curso académico de la Universidad de Oviedo en octubre de 1891 sentó cátedra: “Es lo más valiente, sincero y ponderado que he visto en materia de pedagogía novísima”, le escribía Menéndez Pelayo (26-X-1891) al leer el discurso. Meses más tarde, Menéndez Pelayo exhortaba desde *La España Moderna*: “Ha sonado la hora de la regeneración científica de España. Y para esto hay que empezar convenciendo a los españoles de la sublime *utilidad* de la ciencia *inútil*”. Algunos meses después, Leopoldo Alas, con el

ademán alimentado en otras fuentes, nada gratas a su condiscípulo, añadía –se trata de una “Revista mínima” de *La Publicidad* (19-VIII-1896)-: “El descrédito de la filosofía es hoy grandísimo, a los ojos del vulgo; pero en España ese descrédito es mucho mayor por causas particulares. La principal es una cierta ineptitud de la raza para la especulación desinteresada, *inútil*.”

Más de un siglo después, Leopoldo Alas y Menéndez Pelayo son altas luces, conciencias vigilantes, desde donde alumbrarse en nuestros quehaceres honestamente inútiles.

BIBLIOGRAFÍA

ALAS, Leopoldo, *Obras Completas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 11 tomos, 2003-2006.

ALONSO, Dámaso, *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino)*, Madrid, Cremos, 1956.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, *La obra de Pereda ante la crítica de su tiempo*, Santander, Estvdio, 1983

LISSORGUES, Yvan, *Leopoldo Alas, Clarín, en sus palabras (1852-1901)*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2007.

MENÉNDEZ PELAYO / UNAMUNO / PALACIO VALDÉS, *Epistolario a Clarín* (ed. Adolfo Alas), Madrid, Escorial, 1941.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino / ALAs, Leopoldo, *Epistolario* (ed. Adolfo Alas), Madrid, Escorial, 1943.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Madrid, BAC. 2 tomos, 1967.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Epistolario* (ed. Manuel Re-vuelta Sañudo), Madrid, FUE. 23 tomos, 1982-1990.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Estudios sobre la prosa del siglo XIX* (ed. José Vila Selma), Madrid, CSIC, 1956.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Obras Completas* (ed. Enrique Sánchez Reyes), Santander, CSIC. 66 tomos, 1940-1974.

SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Estudio sobre Menéndez Pelayo*, (ed. José Luis Varela), Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1984.

SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio, *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria., 1994.

SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo, *Perfiles de Clarín*, Barcelona, Ariel, 2001.

SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo, *El Naturalismo en España: crítica y novela*, Salamanca, Almar, 2003.

UNAMUNO, Miguel de, *En torno al casticismo* (ed. Jean-Claude Rabaté), Madrid, Cátedra, 2005.

WELLEK, René, *Historia de la crítica moderna (1750-1950). La segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Gredos, 1988.